

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



MAX LINDER

CUADERNO N° 10

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO A LA
ENCANTADORA INGÉNUA

Margarita Clark

LA ACTRIZ NIÑA. — UN FRA-
CASO SENTIMENTAL? — EL
IDEAL DE MARGARITA. — LOS
NERVIOS Y LOS DEPORTES.

EN PREPARACIÓN :

EDDIE POLO : MARIA WALCAMP
ROSCÖE ARBUCKLE (FATTY)

Cuadernos publicados

- N.º 1 Francesca Bertini
- » 2 Ch. Chaplin (Charlot)
- » 3 Douglas Fairbanks
- » 4 Mary Pickford
- » 5 Charles Ray
- » 6 William Duncan
- » 7 Pearl White
- » 8 Gustavo Serena
- » 9 Pina Menichelli

A nuestros Corresponsales

Agotadas las tiradas de los dos primeros números de esta publicación, nos hemos visto en la necesidad de preparar otras nuevas, para atender las demandas que continuamente recibimos. Rogamos, pues, a todos los que deseen ejemplares, que cursen sus pedidos con toda urgencia.

AÑO II

BARCELONA 29 ENERO 1921

CUADERNO 10

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

MAX LINDER

POR

SERGIO MONTEVERDE

SU ARTE :: SU NATURALI-
DAD :: MAX Y CHARLOT
: EL MIMO ELEGANTE :



ESDE hace mucho tiempo el nombre de este estupendo cómico es uno de los más brillantes y legítimos timbres de orgullo en el libro de oro de la cinematografía francesa.

A Max Linder y a Charlot—a Max desde más antiguo—debemos los aficionados al cine nuestros mejores ratos de optimismo, de alegría franca y sana y de espontáneas risas.

Max Linder y Charlot representan dos líneas firmes, paralelas, en el florecimiento de la escena muda.

Charlot es la gracia jocunda del desequilibrio, la descoyuntación

de los ademanes y del gesto en el vértigo de las más absurdas, pero más personales extravagancias originalísimas.

El mímico francés es la gracia buscada en la serenidad, en la caricatura ligerísima de las situaciones, en la oportunidad de una mirada, en el apunte de una sonrisa, que arranca al público la carcajada y en la desenvoltura de sus movimientos de gomoso asustado, perseguido o conquistador.

Lo mismo el uno que el otro, el de Francia que el inglés norteamericano, son dos colosos de la comicidad, buscada y conseguida por caminos distintos que marcan escuelas diferentes igualmente grandes en sus características respectivas.

Ciñéndonos a nuestro biografiado, no hace falta decir que su comicidad es la que fluye espontánea de los gestos y los ademanes, sin ribetes de exageración para conseguir los efectos hilarantes y deleitarnos sin asomo de astracanadas ni retorcimientos, con una gracia que nos ofrece conjuntamente el atractivo de la más refinada distinción de elegancia.

Porque Max Linder, creador de un género único e insuperable en su estilo, es ante todo y por encima de todo un elegante.

No hay dentro de su género actor alguno entre los que desatan la risa de las gentes desde el lienzo—recordamos haber leído en una silueta de este cómico —que vista con la aristocrática desenvoltura de Max, ni que se mueva como él, ni que tenga la facilidad y la flexibilidad de expresión que él tiene.

Si hacer sentir es facultad extraña y difícil para los artistas, hacer reír no lo es menos, y cuéntese en abono de los méritos de éste al que consagramos el presente cuaderno, que es más difícil hacer reír sin descomponer la línea ni echar mano a chabacanos y exagerados procedimientos de bufón.

En el modo de hacer de Max no entra para nada lo artificioso, lo rebuscado que vemos en tantos y tantos otros faltos de originalidad que confían a sus guíños, a sus saltos, a sus piruetas de ridiculez inocencia, el efecto de una situación por la que pasan sin dejar ninguna huella de su trabajo.

Max Linder, poliforme, siempre vario, siempre original, siempre él—y poder decir esto ya es bastante—hace olvidar la gracia que puedan tener las situaciones por la que se desprende del argumento, para fijar la atención de todos sólo y siempre en su gracia personal.

Cuando se ve trabajar a Max Linder no se ríe sólo mientras él está en la pantalla; se ríe luego también, mucho, siempre, al recordarlo en tal o cual momento de tal o cual película.

Y al reír, viéndolo o recordándolo, además de reír se olvidan todas las calamidades de la vida, el precio de las cosas de comer, beber, arder y echarse encima de la carne—vulgo ropa,—se olvida también el genio de las esposas o las novias—casi todas—que lo tienen malo, y el alma se ensancha de optimismos, la vida nos pa-

rece amable, y no nos explicamos que haya en el mundo quien tenga la cara seria, aunque le esté dando en las encías punzadas de esas que llegan hasta los talones de vuelta de la coronilla y después de haber pasado por el epigastrio, la acreditadísima muela del juicio.

**EL PUEBLO DE MAX :: NO
LE GUSTAN LOS LIBROS ::
CANSADO DEL TEATRO ::
UNAS VOLTERETAS POR
LOS ESCENARIOS DE VA-
RIETÉS :: AL CINE POR
: : : : : FIN : : : : :**

El pueblo de Saint Loube (Gironde) es la patria chica de Max Linder, que abandonó el refugio maternal en el verano de 1883 para constituirse de momento en primogénito, y en unigénito andando el tiempo, de un acomodado matrimonio de propietarios.

Sin duda que los primeros años de Max Linder —su nombre de pila es Gabriel Leuville, que tampoco resulta feo— serían los mismos años vulgares de todos los niños que hacen travesuras, recitan versos subidos en las sillas de la sala—fastidiando a las visitas mientras a los padres se les cae la baba, enternecidos de admiración por la precocidad del retoño,—que van al colegio unos días y hacen novillos otros para jugar con los compañeros por los arrabales y que cada año, por la época de exámenes, llegan a su casa soñando con el descanso de las vacaciones y pidiendo unas monedas para interesado premio de unos diplomas a la aplicación, a la puntualidad y a la buena conducta, que llevan muy enrolladitos debajo del brazo.

La historia no nos cuenta nada extraordinario ni no extraordinario de la infancia de Max Linder.

Lo deja en el regazo de una nodriza entregado a las funciones propias de su edad y lo recoge luego en las aulas de las Universidades de París.

De esta época nos dice que tenía para los libros un desdén olímpico, y considerando que su porvenir no estaba—o si estaba lo despreciaba—en ninguna de las dos carreras de Medicina y de Derecho que empezó para dar gusto a sus progenitores, acabó por abandonar estudios y lanzarse de lleno, atraído por una vocación irrefrenable, en el torbellino de la vida de teatro.

* * *

El teatro no guardaba — dicho sea en honor de la verdad — grandes éxitos para Max Linder.

Ni pequeños tampoco.

Tanto es así, que a los dos años de vanas intentonas de triunfo, sin conseguir destacar en ningún papel, ni lograr por consecuencia una nómina decorosa, volvió a los estudios — haciendo las paces con sus padres, con los que había roto — agarrándose esta vez a la carrera de Arquitectura.

Sólo un curso anduvo a trastos con rayas, fórmulas matemáticas y cálculos de resistencia.

Aquello tampoco era para él. — ¿Dónde estaría su verdadero porvenir? — Y encandilado hasta la ceguera por la lumbre de los ojos garzos de una artista de variétés, se largó tras ella en una persecución tenaz de enamorado, dando con sus huesos de pies a cabeza en los escenarios frívolos y luminosos de los music-halls.

Desde aquí arranca su fama.

La bailarina, antojadiza y desdeñosa lo abandonó al poco tiempo, demostrándole la conveniencia de seguir cada uno por su camino y dejar aquellas relaciones — todo entusiasmo, todo fe, todo fuego — en las de una buena amistad.

El corazón de Max Linder sufrió el primer desengaño, anegándose en una amargura melancólica, de la que lo curaron la reciendumbre de su ánimo voluntario y los aplausos con estruendo de ovaciones delirantes que seguían su carrera artística por los más celebrados salones conciertos de las capitales de Francia.

Una mujer se había marchado, pero la fama llegó hasta él deslumbrante como un bálsamo de olvido para restañar las heridas de su alma de amante desdifiado.

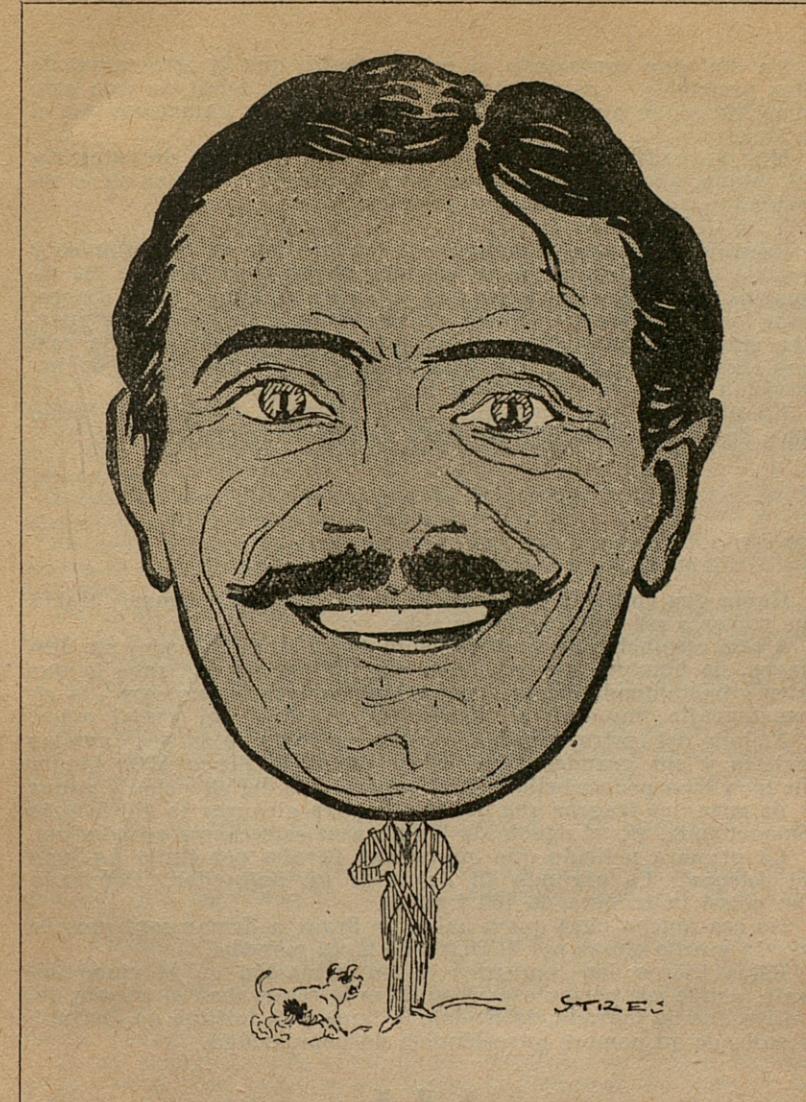
Y olvidó; pero le aguardaban otros dolores.

Esos dolores que llegan con los primeros triunfos.

* * *

En el arte de las variétés se confabularon contra él las envídias bajas y ruines de las primeras figuras, haciendo imposible la vida, a un hombre de su nobleza espiritual, y las bajas maquinaciones, lograron dar las primeras dentelladas en el arte nuevo, chispeante y fácil, con que Max, a pesar de todo, encantaba y seguía atrayéndose la predilección devota de los públicos inteligentes.

Había logrado ya figurar y ser anunciado como atracción principal en todos los programas.



Max Linder

Caricatura de Stres

Un día vino contratado al mismo teatro que él otro mimo de altos prestigios. Los carteles de la noche del debut de este otro mimo, lucían su nombre en letras más grandes y llamativas que el de Max.

Max no podía consentir dignamente este descenso de categoría que estaba, además, injustificado bajo todos los conceptos en la seguridad de sus facultades preeminentes.

Y no lo consintió.

Escribió una carta al empresario rescindiendo su compromiso y resolvió con la firmeza de su carácter dejar para siempre los escenarios de varietés desde los que había hecho ganar tanto dinero, desde los que él también había ganado tanto, y de los que se apartaba sin haber guardado casi ninguno y habiéndolo gastado casi todo en el desorden de una vida de lujo, de comodidades, de imprevisión de bohemio y de derroches de príncipe.

En una vida que tenía que seguir viviendo, fuese como fuese, quien se había acostumbrado a ella de tan firme manera.

Había que empezar de nuevo la lucha con otras armas. Había que volver a ser quien se había sido.

A esta resolución de temperamento decidido, de luchador sin desmayos, de hombre que confía en sus fuerzas porque sabe lo que valen y hasta donde llegan, debe la cinematografía francesa—la cinematografía mundial—el ingreso en sus filas del genial actor.

Alejado del teatro, amargado por el calvario de su paso por las varietés y sin grandes recursos en metálico, pensó Max Linder que muy bien podría brillar en el «nuevo arte del silencio» y ganar él, de paso, los francos que necesitaba para alcanzar la gloria más cómodamente, sin el agobio de las penosas estrecheces económicas.

La primera película que impresionó llevaba por título *La fuga del colegial*. La segunda *El debut de un patinador*. Por cada una cobró la friolera de 100 francos.

No era mucho para quien había de llegar a firmar contratos de un año y ocho cintas por 3.000.000 de igual moneda.

Estos fueron los comienzos de su actuación en el cinematógrafo, donde sus portentosas facultades le reservaban el triunfo definitivo que ha logrado, valiéndole la fama y la fortuna que ha universalizado su nombre aureolándolo de popularidad.

❀ ❀ ❀

MAX Y LA CASA PATHÉ ::
UN VIAJE A MADRID :: LA
PIERNA ROTA :: EN BAR-
CELONA :: EL CÓMICO
::::: TORERO ::::

Desde sus comienzos Max Linder ha sido una de las primeras figuras de la casa Pathé.

Todas las cintas en que veíamos al afortunado mimo, y que nos hacían reír hasta la carcajada, acababan con la marca del gallo célebre y glorioso.

Con Pathé frères empezó la popularidad asombrosa de Max Linder. Con Max Linder ha obtenido Pathé frères sus más saneadas ganancias.

Hasta los comienzos de la guerra no trabajó Max Linder para ningún otro ni con ningún otro.

De aquella época quedan aún películas que nunca decrecerán en interés ni en atracción porque tienen el mérito perenne de las obras definitivas.

En el apogeo de su fama, por entonces, pensó simultanejar la labor de películero con su antigua profesión de artista de varietés.

La tentativa duró poco.

Además en nuestro concepto—seguramente que también en el suyo—fue una equivocación lamentable.

Max vino a España para trabajar en Madrid—en el circo de Parish—y los madrileños sugestionados por el prestigio de su nombre en el lienzo, no quedaron lo mismo de satisfechos de su labor en el escenario.

La cosa se explica sin que reste méritos a los muchos de Max Linder.

Frente a todo lo grande—que no hemos visto y de lo que tenemos sólo una impresión elogiosa de referencia—sentimos la misma decepción.

Nos formamos siempre una idea superior a la realidad, levantamos tanto nuestra imaginación por encima de todo lo que leemos o escuchamos, que luego cuando la casualidad nos pone enfrente de lo hiperbólicamente juzgado, lo encontramos un poco más chico en fuerza de haberlo supuesto tan inmenso.

Si nos encontráramos al pie de las pirámides de Egipto después de lo que de ellas sabemos por fueros de leyendas, de oídas, y de fantasía, las consideraríamos pequeñas sin embargo, con todo y ser tan grandes.

Con los hombres sucede igual. Cuando se llega a la categoría de «ídolo» desmaterializamos tan acabadamente el concepto de la personalidad, que la suponemos como desligada de todo lo que representa la urdimbre de la vida.

Shakespeare volvería a vivir y lo juzgaríamos igual a nosotros si lo viéramos alcanzar con prisas la plataforma de un tranvía.

—¿Y éste es Shakespeare?—preguntaríamos.

De Homero, del Dante, de Miguel Angel juzgaríamos igual en una decepción espiritual, si los viésemos—como si no hubiera necesidad de comer para vivir—frente a un solomillo de ternera.

—¿Estos son aquéllos? ¡Comen igual que nosotros!

Al mismo Díaz de Mendoza no nos lo podemos imaginar, poniéndose los calcetines sin que desmerezca en la ideología arbitraria de nuestro concepto.

Y esto es lo que sucedió a Max Linder en Madrid.

El caso es que la gente esperaba algo sobrenatural y que lo sobrenatural no se dió.

Lo que se dió era muy bueno, en cualquier otro hubiera exaltado los entusiasmos del público; pero en Max Linder no era bastante.

Y Max Linder que sintió en su orgullo las punzadas de la frialdad con que era acogido y que necesitaba acabar con la situación de una manera digna, fingió una noche un salto al escenario desde un palco, equivocó la distancia y cayó sobre la música, quedando tendido en medio de la orquesta con una pierna rota.

El público, descortés—hostil, esta es la verdad—hasta entonces, tuvo un grito de dolor.

Al día siguiente los periódicos dieron cuenta de la desgracia y poco después Max salía para París.

Ya estaba curado de la rotura de la pierna.

Ya estaba a salvo su prestigio.

Había pagado, todo lo cara que podía pagarla, su equivocación.

Los ídolos dejan de ser hombres de carne y hueso al convertirse en ídolos.

* * *

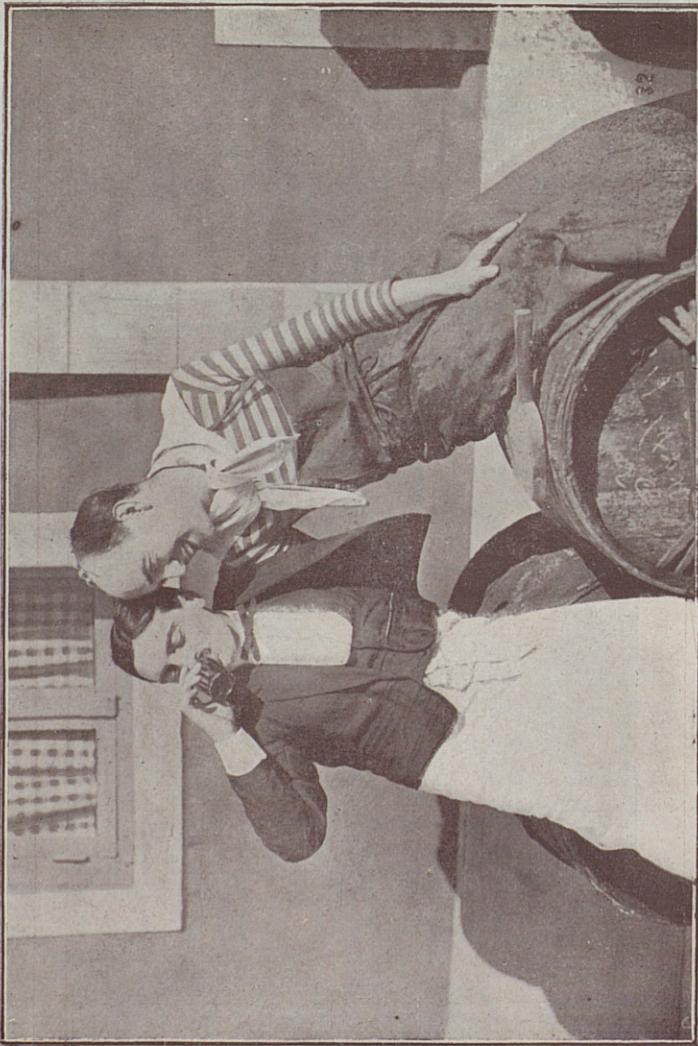
Tiempo después, en viaje de recreo, vino a Barcelona. Nos parece que fué por el 1912.

Barcelona lo recibió con la admiración y la curiosidad que merecía su renombre.

El Mundo Cinematográfico—una de las más importantes revistas profesionales—organizó diferentes festejos y banquetes en honor del primer mimico de la cinematografía cómica de Francia.



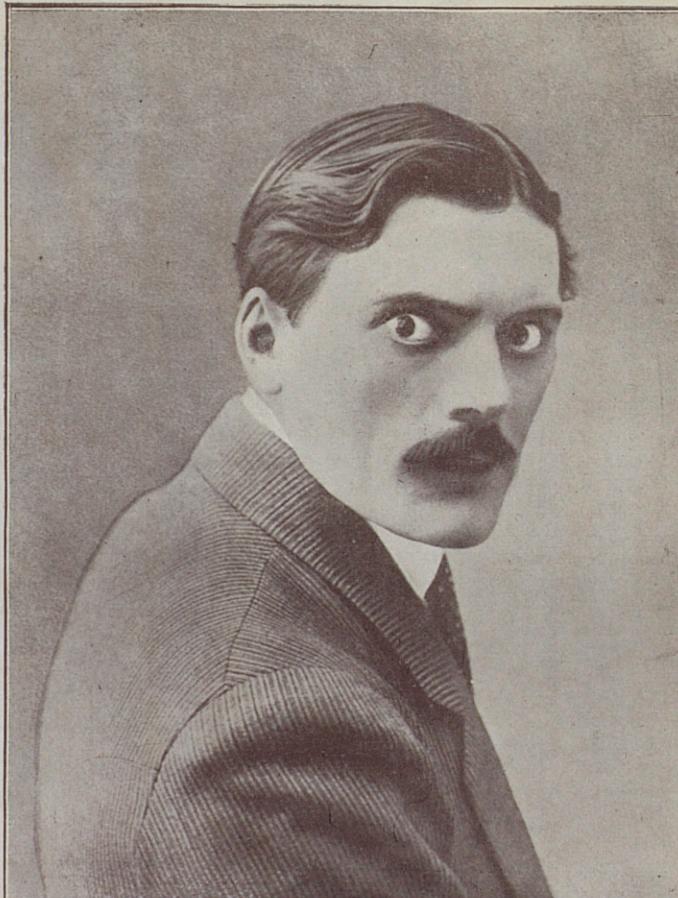
Uno de los últimos retratos de MAX LINDER



Max Linder en *Le petit Café*



Max Linder en *Le petit Café*



Retrato de MAX LINDER

Pero Max tuvo otra equivocación a la que lo llevó no sabemos si su curiosidad por las emociones nuevas o su condescendencia de hombre galante y mundano.

Una tarde se vistió de torero para lidiar unos becerros y todavía no había pisado la arena cuando ya se vió que no había nacido en Sevilla.

Esta vez si que el ridículo llegó, aunque un poco disimulado, por el carácter casi de broma—íntimo en realidad—de la fiesta.

De todas formas, Max pasó por Barcelona entre los agasajos y admiraciones de todos y se llevaría de aquí el grato recuerdo de haber sido tratado y recibido y despedido con la efusiva cordialidad que corresponde a su fama.

Poco después estalló la guerra.

**EL ACTOR PATRIOTA ::
SOLDADO EN LAS TRIN-
CHERAS :: DOS HERIDAS
EN EL PECHO :: UN CON-
TRATO CON LA ESSANAY**

Como buen francés, buen patriota, se alistó en el ejército apenas empezó la guerra que había de terminar gloriosamente con la victoria de su Francia.

Sin que las calamidades ni el peligro hicieran mella en su tempe valeroso, ni en su optimista jovialidad, se batió en las trincheras muchos meses con el abnegado heroísmo de los hombres de su raza.

Al lado de Max era imposible toda preocupación, ni menos pensar en la muerte. Para distraer a los compañeros de armas en los ratos que el fuego enemigo les dejaba libres, recitaba —olvidando de la necesidad de descanso— aquellos monólogos que años atrás hacían las delicias del público de los music-halls.

Durante el fragor de un combate encarnizado el actor cayó en el campo de batalla con el pecho abierto por dos balas alemanas que le dejaron inútil para seguir la campaña y que hicieron temer muy seriamente por su vida.

Fuerte de complejión, en plena juventud, curó en un hospital de sangre, después de más de tres meses de gravedad desoladora. La convalecencia, también fué larga y penosa.

Hasta se habló de que había quedado lesionado de ambos pulmones y de que la tesis era irremediable.

Por fortuna no ocurrió así. Mientras convalecía, con el ánimo dispuesto a volver a las trincheras cuanto antes, llegaron hasta su lecho varias cartas con proposiciones de la manufactura americana Essanay que le ofrecía dos millones por filmar una serie de películas en un año.

Los americanos son los reyes de la ocasión. La popularidad de Max Linder les aseguraba el éxito. Esta popularidad, aumentada por el incentivo de ser las primeras películas que hacía después de haber logrado escapar de la muerte, venían a sumar nuevas garantías a la importancia económica del negocio.

Y Max tuvo otro generoso rasgo de patriota.

Su delicado estado no le permitía seguir en la brecha ofreciendo a Francia el tributo de la sangre, y a la patria hay que ayudarla en momentos de peligro de todas las maneras.

Dejó a la disposición de los fondos de Guerra y Cruz Roja los millones del contrato, y un buen día, animoso, resuelto — ¿Qué le importaba a él no ganar nada mientras los soldados, sus hermanos, lo necesitaban todo? — se embarcó en un transatlántico camino de la aventura, camino de América.

CAMINO DE AMÉRICA
TODOS EN PELIGRO :: VA-
LIENTE SUSTO :: LA PRI-
: : MERA PELÍCULA : :

El *Espagne*, que conducía a bordo a Max Linder, no hizo una travesía del todo feliz ni mucho menos.

No tuvo ninguno de los temidos encuentros — escribe el periódico americano *Cine Gráfico*, — con los submarinos alemanes ni fué sorprendido por ningún buque de guerra del que tuviera que huir, pero fué víctima de un accidente grave que le puso a dos dedos del naufragio.

El *Espagne* chocó a media noche con un buque mercante desconocido, y ambos estuvieron a punto de desaparecer bajo las encrespadas olas.

En efecto: el buque fondeó en el puerto de Nueva York con un enorme boquete en el casco y otras importantes averías.

La huella del topetazo llevábala marcada el *Espagne* en la banda de babor en una extensión de 30 metros.

Los pasajeros, y entre ellos Max Linder, subieron a cubierta, obedeciendo a las órdenes del capitán, provistos de los salvavidas, mientras se despedían entre gritos, abrazos y lágrimas de sus parentes, de sus riquezas, de cuanto en vida les fué grato.

Max Linder, luciendo un vistoso pijama de seda rosa, que era la admiración de las señoras, llevando a la cintura el salvavidas, era acaso el más atrabilado.

Gesticulando nerviosamente, dibujando en el espacio furiosos y descoyuntados saltos de carnero, accionando como un calamar, cruzando la cubierta, bajando a los camarotes, subiendo al puente en desenfrenada carrera, mordiéndose, en fin, el occipucio en el paroxismo de su desesperación, no era un hombre normal; era más bien un vesánico, un desventurado poseído por el demonio.

Parecía haber perdido la razón. En medio de aquel desconcierto, de aquel desorden inmenso, de aquella Babel en que nadie se entendía, la actitud de Max Linder consiguió atraerse la atención de los pasajeros, que cesaron súbitamente en sus dolorosas manifestaciones para contemplar el admirable espectáculo que ofrecía el famoso películero francés.

Por fin, las tranquilizadoras manifestaciones del capitán y de los oficiales restablecieron la calma a bordo.

El peligro había desaparecido.

Entonces Max Linder, lanzando al espacio una estrepitosa carcajada, dijo al admirado pasaje:

— Señores; mil gracias a todos por el valioso concurso que han prestado a esta maravillosa película que acabamos de hacer. Ved allí, en el fondo de la cabina de popa, al operador que acaba de impresionar el cuadro espantoso que precede al hundimiento de un buque.

Las últimas palabras del mundial artista produjeron en el pasaje verdadera estupefacción.

Unos se indignan, creyendo una superchería toda la escena provocada a bordo ante el peligro del naufragio; otros protestan ante los oficiales; los más piden el castigo del causante, y todos, en fin, desoyendo las explicaciones del capitán, que se esfuerza en desvanecer el error mostrando el boquete que presenta el buque en una de sus bandas, se arrojan sobre Max Linder, que corre por la cubierta y desciende a los camarotes y las bodegas, perseguido por la multitud que quiere lincharlo.

Pero al fin reaccionan los pasajeros; aceptan las explicaciones del capitán y se convencen, a la vista de los marineros que recomponen la avería, del enorme peligro que les acechaba.

Max Linder entonces surge de su escondite y dice a todos, amable, sonriente, con gesto mafistofélico:

— Repito las gracias, señores. Mi gratitud eterna para todos. Esta carrera en pelo que acabáis de darme era el desenlace, el final, el remate de la maravillosa película que acabamos de impresionar, y cuyas primicias reservo a la gran urbe de Chicago.

No se olvide que la primera película de Max para la Essanay lleva por título *Max comes croos*, que traducida literalmente quiere decir: *Max viene a este lado*.

**MAX EN NUEVA YORK ::
SU EQUIPAJE :: EL CUEN-
TO DE UNA BODA FAN-
::::: TÁSTICA ::::**

Desde que Max Linder desembarcó en el muelle de Chicago giró en torno de la gran figura de la cinematografía francesa un interés desmedido.

Max correspondía a esta expectación admirativa con su eterna sonrisa de agrado.

Sin embargo debía estar un poco rendido de las incidencias del viaje y de tanta admiración.

La admiración frenética de las multitudes es un tormento dantesco para los ídolos populares.

El estupendo artista no podía dar un paso sin que saliera un fotógrafo de detrás de un farol y le apuntase con el objetivo. No podía estornudar sin que un admirador cariñoso le preguntase intrigado por la salud; no podía asomarse al balcón del hotel sin que un reporter le invitase desde la calle a una *interviw* por señas.

Tiene que ser halagadora y horrible al mismo tiempo esta consecuencia molesta de la celebridad.

La Essanay empezó la explotación de una mina de oro con la contrata del gran mimico francés.

Deseosa de no incurrir en el enojo del cómico mimado, todas sus disposiciones tendían a procurarle la mayor comodidad.

Uno de los más amplios estudios fué dispuesto exclusivamente para los trabajos de Max.

Durante muchos días Max y Mr. Spoor, presidente de la Essanay estuvieron dedicados afanosamente a la selección de argumentos y al examen del material.



Max Linder en *Le Petit Café*

Dibujo de Moner

Con Max empezó a trabajar una compañía completa de artistas elegidos en su mayor parte por él, que también seleccionó un cuerpo competente de escenógrafos, modistas y encargados de suministrarle cuantos aderezos se le ocurriera.

Max estaba en la Essanay como un rey en su palacio.

Y fuera de la Essanay también con honores de rey. Es lo que decíamos antes de la admiración.

Desde su arribo a Chicago se vió asediado por una nube de fotógrafos y periodistas capaces de hacer perder la paciencia a quien no tenga tanta como el célebre Job, prototipo de hombres cachazudos.

Max sonreía siempre.

Sólo en dos semanas sufrió 112 *interview* y se le fotografió en toda clase de *poses* por encima de 200 veces.

Galante, como buen francés, en todas las *interview*, acentuaba Max la nota de sus elogios a Norte América y sobre todo a sus mujeres.

Las mujeres tienen a Max fuera de sus casillas. Ante ellas asegura: pierdo el equilibrio y noto un cosquilleo interior que me revoluciona.

De las norteamericanas ha dicho Max que son deliciosamente exquisitas.

Su vivacidad natural, su carácter alegre, pronto a la risa, y su belleza, no han pasado desapercibidos para el genial actor cinematográfico que repartía entre ellas frases de admiración como flores de sinceridad.

A esto se debe sin duda el origen de un cuento echado a volar a propósito de una boda fantástica.

Max Linder ha recibido en su brillante carrera artística millones de cartas de lindas admiradoras.

Cartas de amor escritas por manos blancas, pulidas y aristocráticas, con palabras de ingenuidad y de ofrecimiento.

Entre estas cartas—cuentan—recibió un día, desde Chicago, la de una encantadora multimillonaria, enamorada pérdidamente del elegante actor.

La multimillonaria quería nada menos que casarse.

Con la carta venía un retrato.

Era preciosa la enamorada, e interesado Max por su belleza y su pasión amorosa, empezó un flirteo por correspondencia, largo, sostenido, romántico, con la serena idealidad de los amores a distancia.

En Chicago, Max y la multimillonaria—inventó el cronista—celebraron más de una entrevista. Las manos terminaron de escribir y empezaron las palabras, los suspiros y los ojos a enredar los diálogos.

Max concertó su boda.

Después de su primera película empezó otra que se tituló *Max quiere el divorcio*, pero esto no era más que el título de la película.

Max no quería el divorcio.

Max quería casarse y se casaría a toda prisa.

Su Francia y su arte habían sido hasta entonces los amores de Max. Desde entonces sólo lo eran su Francia y su novia.

La linda multimillonaria había desbancado a la Cinematografía en el corazón de Max Linder.

El amor nos robaba a una primera figura del arte cinematográfico. No hay que extrañarse de esto, aunque lo sintieramos los partidarios del coloso de la gracia fina, distinguida y espontánea.

Puede mucho el amor. Pero a pesar de todo esto —que no pasó de ser un ingenioso canaré americano— Max volvió de América soltero, y sigue soltero —en América ahora otra vez por cierto— lo que decimos para alegría y tranquilidad de las muchachitas que se enamoran románticamente de las estrellas del teatro mudo.

Porque Max Linder es uno de los que más estragos han hecho y siguen haciendo en los tiernos corazones de las jovencitas y... de las que ya pasan de la juventud.

**LA VUELTA A EUROPA ::
¿ENFERMO? :: UN CINE ::
DESAPARECE LA ENFER-
::::: MEDAD :::::**

De todas las películas que iba a impresionar para la Essanay sólo acabó tres.

Terminada la tercera empezó a comentarse en los corrillos cinematográficos que Max Linder no podía continuar su labor y que de nuevo estaba muy grave por haberse declarado la tesis que se temió cuando sus heridas en la guerra.

Por nuestra parte no declaramos que esto sea verdad. Bien puede serlo y también puede ser que diferencias de carácter con los directores americanos, que empezaran a restar atribuciones directivas a Max Linder, pusieran a éste en el caso de rescindir el contrato y justificar su regreso de modo que no dejase lugar a pensar en el fracaso.

Un fracaso que nunca lo hubiera sido para los méritos indiscutibles del mismo famoso, pero en el que de cualquier forma no había que incurrir.

Lo cierto es que Max volvió a Europa, convaleció en Suiza y curado afortunadamente, emprendió en París la construcción de un grandioso cine de su propiedad.

Después volvió a trabajar para el cine. Recientemente nos ha deleitado con su producción *Petit Café*, que es una filigrana de su arte vario, incopiable, exquisito.

Y ahora...

DE NUEVO EN AMÉRICA

Max Linder está de nuevo en América. Filma para la Robertson-Cole una serie de películas que demostrarán como siguen aun portentosas y lozanas las facultades creadoras del que ha sabido crear un estilo en cinematografía y un estilo que no ha logrado imitar nadie.

Del que a pesar del simulacro de rotura de una pierna en un escenario de Madrid y de tesis dudosa allende el Atlántico, puede ostentar con orgullo su personalidad brillante de primera figura y ser considerado uno de los reyes — para nosotros él y Charlot — de la risa en la pantalla.

SERGIO MONTEVERDE



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual, *España y Portugal*: 18 ptas. - *Extranjero*: 25 ptas.

»	semestral	»	»	9	»	»	12'50
»	trimestral	»	»	4'50	»	»	6'25

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

M. R. — Tarragona. — Fox Film Studio. — New-York, City.

E. A. H. y A. R. S. — Madrid. — La dirección de Perla Blanca es la que damos en la respuesta anterior. La de la Bertini, «U. C. I.» — Via Macerata, 51. — Roma. La de «Charlot», a su nombre: Charles Chaplin. — Hollywood, California (Estados Unidos). La de William Duncan: Vitagraph C.^o of America, East 15th St. and Locust Avenue. — Brooklynn, New-York.

J. W. — Valencia. — De la revista que pide, diríjase a la Dirección. El retrato a que se refiere es por negligencia en el servicio de correos. Publicaremos esas biografías.

E. G. — Tarragona. — Para todo lo que se refiera a argumentos debe entenderse con nuestro corresponsal en esa.

J. G. — Ciudad. — La de Perla Blanca, Fox Film Studio. — New-York, City. Mary Pickford, Beverly-Hills, California. En inglés.

R. H. — Madrid. — Sentimos no poderle proporcionar fotografías, pues no tenemos para la venta.

A. de C. — Ciudad. — No hay argumentos de los que pide. Tenemos en proyecto hacer unas artísticas tapas para la encuadernación de nuestros cuadernos. Puede Vd. suscribirse.

ANNALES DE LA SOCIEDAD
SOCIALES ESTADÍSTICA Y AMÉRICA

ANEXOS - ESTADÍSTICA Y SOCIOLOGÍA



ANNALES DE LA
SOCIEDAD

ESTADÍSTICA Y AMÉRICA
ANEXOS - ESTADÍSTICA Y SOCIOLOGÍA